

FLORILEGIO

en honor de los Poetas
Malagueños ❁ ❁ ❁ ❁ ❁



- Composiciones leídas en
el TEATRO CERVANTES
la noche del 5 de Sep-
tiembre de 1913. ❁ ❁ ❁ ❁

MÁLAGA : : IMPRENTA IBÉRICA
Nueva, 33 y 35

FAN
XX
2760

36-14

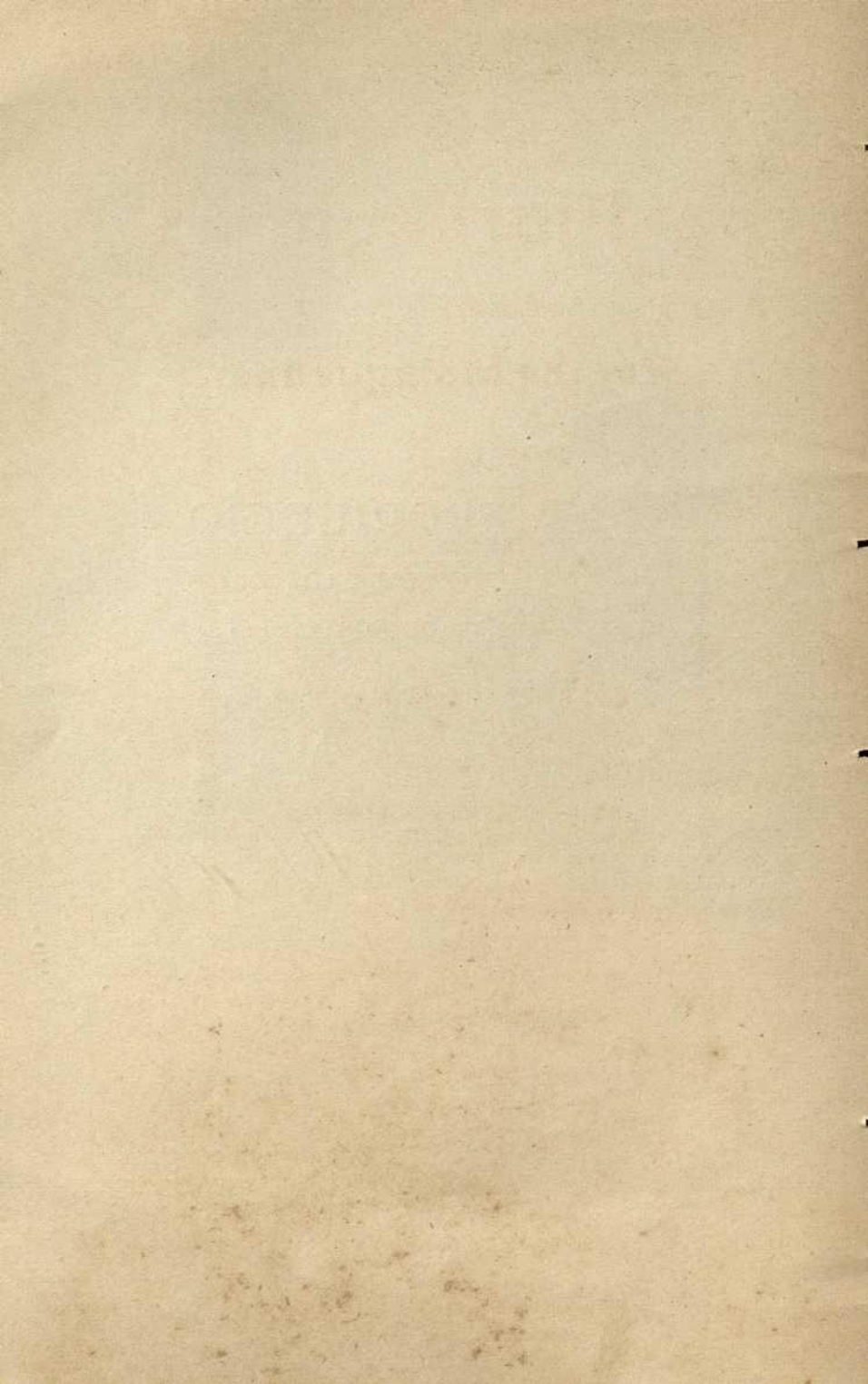
86-14

86-14

FLORILEGIO

EN HONOR DE LOS POETAS

MALAGUEÑOS :: :: :: :: :: :: :: ::



Florilegio

EN HONOR DE LOS

Poetas Malagueños



COMPOSICIONES

LEIDAS EN EL

Teatro Cervantes

LA NOCHE

DEL 5 DE SEPTIEMBRE DE 1913



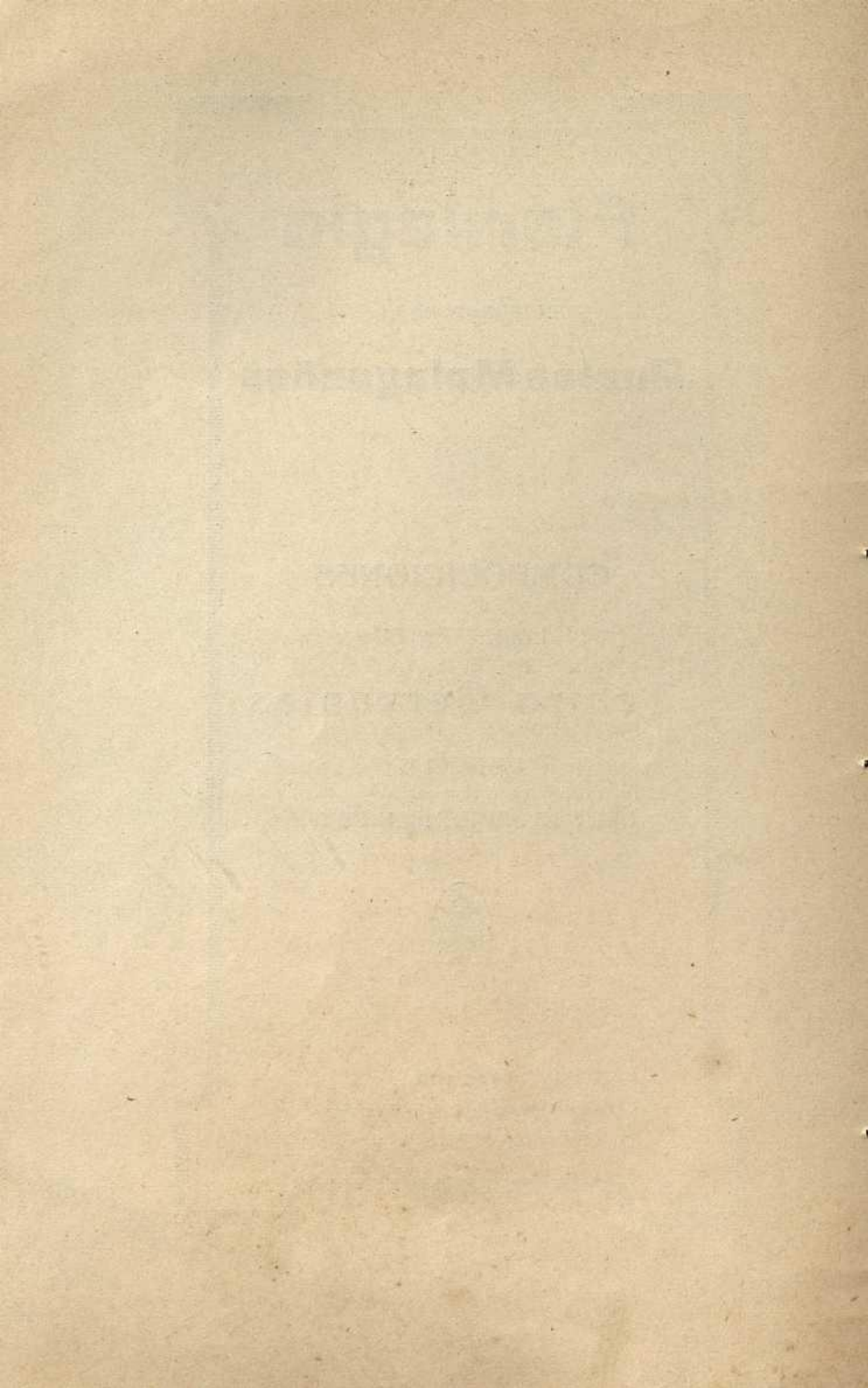
MÁLAGA

IMPRENTA IBÉRICA

NÚEVA, 33 Y 35



R.73182



RECUERDOS

Aun se alzan los viejos muros
y en ellos de piedra en piedra
suspende la verde yedra
sus cortinajes oscuros;
aun se yerguen inseguros
los góticos torreones,
por ya rancias tradiciones
en viviendas convertidos,
de duendes y aparecidos
de antiguas generaciones.

Por recordar del pasado
las risueñas lontananzas,
y evocar las esperanzas
que forjé contigo al lado,
de aquel recinto arruinado
trepé el sendero escabroso;
crucé del cegado foso
el tembloroso rastrillo;
y al fin llegué del castillo
al pórtico silencioso.

Del crepúsculo suave
llenaba, la luz serena,
la abrupta vertiente, llena
de reposo triste y grave;
desde las breñas, el ave
cantando, al sol despedía;
la tarde palidecía
por los anchos horizontes,
y se esfumaban los montes
en la inmensa lejanía.

Plácido adormecimiento
llenaba el monte y el llano,
lo distante y lo cercano,
la tierra y el firmamento;
con tañido ronco y lento
voceaba la campana
de aquella ermita lejana
que se logra ver apenas
desde las rotas almenas
de la fuerte barbacana.

Ya allí, evoqué aquellos días
en que, dominando al miedo
el amor, con paso ledo
hasta el pórtico venías;
tal cual te me aparecías
en nuestra niñez amada,
pensé verte enamorada
llegar a mí temblorosa,
como tórtola medrosa
perseguida, a la enramada.

Cual invisible incensario,
tu recuerdo vaporoso

dió su perfume al ruinoso
recinto ya solitario;
fué aquel el confesonario
de nuestras dichas primeras,
donde con frases sinceras
y tímidos balbuceos,
cual las olas, mis deseos
buscaban ya sus riberas.

Tus pudores infantiles,
como dique diamantino,
burlaron el torbellino
de mis ansias juveniles;
brutales y varoniles
estallaban mis pasiones,
y sus locas rebeliones
eran los ricos veneros
de mis delirios primeros
y mis primeras canciones.

¡Tú y la gloria! cumbres bellas
donde quise alzar el vuelo!
del más purísimo cielo
las más fúlgidas estrellas!
esperanzas que, sin huellas
dejar tras sí, de mi vida
huyeron, luz extinguida
por decreto de la suerte,
¡ya sin vosotras la muerte
llevo en el alma escondida!

¡Gloria! Inefable demencia,
¡Amor! pérfido espejismo,
mas ¡cuán hondo es el abismo,
sin ellos, de la existencia!

¡Ay del que apura, en la ciencia
de la vida, el desconsuelo!
¡Ay del que intenta del cielo
cruzar las sendas ignotas,
y siente las alas rotas
y alzar no puede su vuelo!

¡Ay del que batalla en vano
y vé morir su energía,
de la pena más sombría
en el más negro oceano!
¡Ay del que busca una mano
protectora! ¡Ay del que siente,
piensa y lucha noblemente
por ganar la excelsa palma!
¡del que lleva algo en el alma
y algo también en la frente!

Paladín ensangrentado
que ya exánime se abate
en la arena del combate
donde ha sido derrotado,
jamás encuentro a mi lado,
en la terrible contienda,
de una esperanza la ofrenda
que me aliente y que me escude,
ni hallo nadie que me ayude,
ni nadie que me comprenda.

Todo esto pensé aquel día
al evocar tu memoria
y los ensueños de gloria
que en mi niñez perseguía;
ya envuelto la noche había
cielo y tierra con su manto;

volví en mí, sequé mi llanto,
torné a cruzar el rastrillo,
y abandoné aquel castillo
que es para mí un Camposanto.

Arturo Reyes



La Nieta y la Abuelita

- ¿Por qué, abuelita, estás tan arrugada?
— Porque he vivido mucho más que tú.
— ¿La vida arruga, entonces, abuelita?
— Sí; más sólo al pasar la juventud.
— Pues de esa juventud pasar no quiero.
— ¡No has nacido y pretendes ya morir!
— ¿Qué es la vida y la muerte? Yo lo ignoro.
— Principio que quizás no tiene fin.
— Ahora lo entiendo menos, abuelita.
Explicate mejor y lo sabré.
— Tú has nacido, hija mía, hace tres años;
quizá antes de ese tiempo moriré.
Más el que muere, nace en otro mundo
y vida y muerte, a un mismo tiempo son
dos cosas, que ni tú ni yo sabemos,
pues solamente quien lo sabe es Dios.

José Carlos Bruna



EL MANTÓN DE MANILA

¡Oh, bandera triunfante de la alegría!
¡Oh, manto de la antigua fiesta española!
¡Oh, pálio de las «juergas» de Andalucía!
¡Oh, túnica radiante de la manola!

La fresca primavera que en tus tejidos
enredó el arte bello con sus colores,
es la red esplendente donde prendidos
ván, a fleco por alma, los amadores.

Cuando desde el alzado seno redondo
bajas como un diluvio de flores vivas,
los chinos que bordados hay en tu fondo
abrazan a los cuerpos que en tí cautivas.

Mil veces he querido ser dibujado
en tu velo encendido de flora amena,
para en noches de fiestas ir enredado
al cuerpo cadencioso de una morena.

Mas tuve solo a cambio de esos placeres,
de las gratas verbenas en el misterio,
¡ver que ván entregadas nuestras mujeres
a los pálidos hijos del vasto imperio!

Tú eres el libro antiguo, la rica joya
que habla de los chisperos y las navajas,
de escenas que en el lienzo dió vida Goya,
de soldados y reyes, majos y majas.

Tú de la dama fuiste velo ligero
cuando, de la litera presa en el raso,
iba a la ansiada cita con el torero
y a brindar, en los dedos alzando el vaso.

En las varias costumbres que en sus mudanzas
del siglo diez y nueve fueron exordio,
tú en el salón miraste las dulces danzas
a los sonos pausados del clavicordio.

Te legó a nuestro siglo la vieja gente
como página llena de resplandores,
como un paño que guarda resplandeciente
recuerdos de cien años fijos con flores.

Con la de tus bordados vistosa greca,
tú de nuestras mujeres ciñes los talles,
y el risueño Barbieri, Juarranz y Chueca
escriben en tus rosas sus pasa-calles.

Rima con las verbenas tu seda fina,
y tus lindos caireles con la albahaca;
de la reja con flores eres cortina;
del amor que reposa tu eres la hamaca.

De la cruz venerada de Mayo hermoso
en las gradas tendidas dejas tus rosas,
y los jóvenes tejen baile vistoso
en parejas que giran vertiginosas.

Cuando pasa, movido del homenaje
tras la imágen el pueblo con paso lento,
tú adornas los balcones de cortinaje
y el haz de tus colores tiendes al viento.

Sobre el cristal luciente de los salones
el fausto de tu seda la vista asombra,

y descienden tus pliegues en pabellones
como incendio de tonos sobre la alfombra.

Tu con la bailadora vas ondulando
ceñido al cuerpo suelto como serpiente,
y tus flecos parecen al ir flotando
rayas de un aguacero resplandeciente.

Tanto hermanan tus flores, que me extasían
con la española fiesta, viva y bizarra,
que pienso, arrebatado, que vibrarían
tus hilos amarrados a una guitarra.

En los toros, el bosque de tu bordado
muestra ramas, corolas, frutos y raíces,
para que en su tejido fantaseado
duerma la luz el sueño de los matices.

Fingirá que alza España bella bandera
doquier muestres tus tonos y tu alegría;
en tu fondo está abierta la primavera
trasplantada de un huerto de Andalucía.

El mantón de Manila compendia a España
y es insignia que canta nuestra victoria;
grabada en cada rosa lleva una hazaña,
y atada a cada fleco lleva una gloria.

Salvador Rueda



BOHEMIA

Gitanilla de cara morena,
gitanilla de tez africana,
gitanilla que marchas errante
sin familia, ni dioses ni pàtria,
entonando esas coplas dolientes,
entonando esas coplas amargas,
que parece que lloran de pena,
que lloran de celos, que lloran de rabia,
y ondulando tu cuerpo flexible
al ligero compàs de la danza,
retorciendo tus brazos morenos
y meciendo tu vientre de estàtua,
y tu busto soberbio de diosa
y tu hermosa cabeza inclinada,
con el gràcil sombrero flamenco
colocado en las crenchas rizadas...

Gitanilla de cara morena,
gitanilla de tez africana,
la mas bella y gentil de las hijas
de esa errante y prolifica raza
que camina sin rumbo y sin tregua
y sin leyes, ni dioses ni pàtria.

Yo admiro tu estirpe,
yo adoro tu raza,
yo amé siempre esa ruda bohemia,
yo amé siempre esa audaz caravana
que no pudo jamás ser vencida

ni ser conquistada,
porque lleva sus pátrios hogares
como audaz caracol a la espalda,
porque estima en tal modo su sangre
que con nadie la mezcla ni amasa,
porque lleva el orgullo en el pecho
y el odio en el alma,
porque sabe vivir por sí sola
libre, fiera, sin dioses ni pátria...

Gitanilla de tipo flamenco,
la que lleva en el fondo del alma
los amores, las penas, los odios,
de su ruda y selvática raza,
la que tiene la cara morena
porque el sol le ha besado la cara,
la que tiene en los ojos oscuros
un infierno de fuegos y llamas,
la que tiene en su voz gemidora
como un fondo de penas y lágrimas,
la que entona canciones muy tristes
donde lloran confusas nostálgias,
la que lleva un puñal en la liga,
la que sabe conjuros y mágias,
la que dice la buenaventura,
la que vaga por calles y plazas
tremolando sus bailes lascivos,
esparciendo sus coplas gitanas,
caminando sin tregua, errabunda,
sin familia, ni dioses ni pátria!

¡Yo te adoro, gentil gitanilla!
Yo que he visto tu frente tostada

por los rayos del sol enervante
de Egipto y de Arabia,
yo que he visto tus tangos lascivos
y he escuchado tus coplas gitanas,
y he sentido la ignota tristeza
que en tus ojos espléndidos vaga,
yo que soy, como tú, un errabundo
que medita confusas nostalgias,
y que llora profundas tristezas
y que duelos incógnitos canta!

¡Yo te adoro, gentil gitanilla,
y aunque vida me ha dado otra raza,
como tú, soy un ave sin nido,
como tú, soy un siervo sin patria!

Ricardo León



TIBERIADES

La tarde va a morir; desde la altiva
cumbre del sur, que cierra el panorama,
con transparencia luminosa y viva
del sol se extingue la sangrienta llama.

La cresta de Safed trémula brilla,
y en los picos de Hermón, blancos de hielo,
se copia y resplandece la amarilla
crepuscular coloración del cielo.

El terso lago, con vaivén suave,
aquietta el golpe de sus mansas olas,
y están, hundidas en silencio grave,
sola su faz y sus riberas solas.

Se alza a la orilla un pueblo de cabañas
de pescadores: muros derruidos,
en cuyos techos de pajizas cañas
tejen las aves de la mar sus nidos.

Genezaretz eleva sus jardines
de tamarisco y de laurel poblados,
que esparcen por los plácidos confines
sus alientos de flor embalsamados.

Y más allá, la vista se derrama
por una feracísima llanura,
que se extiende en brillante panorama,
toda llena de manchas de verdura.

Es la hora del amor. Ventisca leve,
con rumor de aletazos de paloma,
las finas lenguas de las palmas mueve,
por los boscajes de la abrupta loma.

Es la hora en que la tierra se desmaya,
la hora en que el canto de las aves cesa,
la hora de amor en que la verde playa
se aduerme al son del agua que la besa.

Se hunde el paisaje en infinita calma,
y al turbio rayo de la luz del día,
se reconcentra y se emociona el alma
con íntima y tenaz melancolía.

.

Ved. Ya Jesús sobre la vieja nave
que el brazo de Simón hundió en la arena,
dirige a sus discípulos, suave
predicación de venturanzas llena.

¡Cuán grande y cuán hermosa su figura
parece ante la turba que le admira!...
Su larga y empolvada vestidura,
en sueltos pliegues por el viento gira.

Obscuro es el color de sus cabellos
y correcto el perfil de su semblante,
garzas las tintas de sus ojos bellos,
dulce el acento de su voz vibrante.

Es su oración sinfónica armonía
llena de notas lánguidas y graves;
sombra y luz, sol y nieve, noche y día,
rumor de olas y cantar de aves...

Al eco de su voz viva y ardiente,
¡con que emoción la turba galilea
en su alma tosca germinar presiente
de un culto nuevo la confusa ideal!

Culto que al golpe ideal de la palabra,
cobra de Fé y Amor, aliento y vida,
inmaterial encarnación que labra
al Bien eterna y redentora egida.

Flota algo en el ambiente, que no alcanza
a visual condensación; anhelo
de amor, vidente afán, dulce esperanza.....
¡oh, venturosa exaltación del cielo!

Rayo de luz sin luz el alma irisa
y surgiendo del alma, al cielo sube

algo así como brisa que no es brisa,
algo así como nube que no es nube.

Es la embriaguez universal que inunda
los pechos de suavísimas esencias;
es la Fé que seduce y que fecunda
¡oh, Piedad! corazones y conciencias....

Habla a los pobres, que con hondo anhelo
escuchan sus consejos inspirados.
¡Cómo llora la grey que espera un cielo
cuando Él les dice: ¡Bienaventurados!....

Y mientras que Jesús al bien incita,
el rojo sol se pierde en lontananza
y se asombra la bóveda infinita
sobre un cielo de amor y de esperanza.

S. González Anaya



A LA MUJER

(FRAGMENTO)

¡Mujer! palabra bendita
que aleja dudas y agravios
y santifica los labios
cuando en los labios palpita.
Frase que parece escrita
dentro de los corazones;

que late entre inspiraciones
y entre inspiraciones brota,
un sentimiento, una nota
de mágicas vibraciones...

De Dios la sublime ciencia
cuna del saber profundo,
hizo de la nada el mundo
mostrando su Omnipotencia.
Dió a las estrellas fulgencia,
al sol le dió resplandores,
dió su perfume a las flores,
sus espumas a los mares,
y a los vientos los cantares
del amor de sus amores.

Reflejada su grandeza
vió en valle, selva y colina
que a su palabra divina
surgió la naturaleza.
Corona a tanta belleza
quiso un instante obtener,
y meditando en un ser
tan celestial como humano,
rasgó el misterioso arcano
y dió vida a la mujer.

Adán triste contemplaba
a la avecilla parlera,
que de tierna compañera
las caricias disfrutaba:
la fiera que se amansaba
ante el halago amoroso,
y al agitarse envidioso
hallar nuevos goces quiso,

soñando otro paraíso
más completo y más hermoso.

Sin la mujer, nuestra vida
fuera un inmenso desierto,
nave sin timón, ni puerto
donde encontrar su guarida.
Ilusión desvanecida,
sol sin luz ni resplandores,
vergel sin aguas ni flores,
existencia sin infancia,
primavera sin fragancia
y corazón sin amores.

Que es ella luz y color,
destello que el alma hiere,
aurora que nunca muere,
encarnación del amor,
nube que ahuyenta el dolor,
queja que del pecho brota,
arpegio, murmullo, nota,
cadencia que el viento lleva,
brisa que al cielo se eleva,
beso que en el cielo flota.

¡En ella todo es poesía,
todo cariño y ternura!
¡no es Isabel de Segura
creación de la fantasía!
Más perfección no podría
reunirse en un solo ser,
y no es fácil comprender
a la luz de la razón,
ni mujer sin corazón,
ni corazón sin mujer.

¡Madre! ¡Cómo he de olvidar
que en las batallas del mundo
fué tu cariño profundo
mi escudo y mi valladar,
que me has enseñado a amar,
a ser bueno, a combatir,
a creer, a resistir
nubes de amargura y llanto,
a ser fuerte ante el quebranto
y altivo ante el porvenir!

¡Mujer! perdona mi canto,
y perdona, si un momento
mi mezquino pensamiento
hasta tu cielo levanto.
Si mezclo tu nombre santo
a los ecos de mi lira,
si un corazón que te admira
se une al himno de tu gloria
y se inspira en tu memoria
y en tu grandeza se inspira.

.

Mi canto desvanecido
en el aire morirá,
y su eco se perderá
en las sombras del olvido.
Mas tu recuerdo querido
alentará mi pasión
y a falta de inspiración,
en tu altar ofreceré
los tesoros de mi fe,
el alma y el corazón.

Narciso Diaz de Escovar

TRÍPTICO

CANTO DE FÉ

¡Quién hubiera existido en las edades
en que eran perseguidos los cristianos
por aquellos pontífices romanos,
viles mónstruos de negras liviandades!

Ser apóstol por yermos y ciudades;
llamar al siervo y al señor hermanos,
y derrocar los ídolos paganos
al empuje de célicas verdades!

Sucumbir por la fé del Nazareno,
alta la frente, destrozado el seno,
del leopardo y del mártir en la brega.

Y yacer en la santa catacumba;
y ostentar una lápida en la tumba
con el crisma y el alpha y el omega.



CANTO DE AMOR

¡Dios te valga, Condesa de los ojos azules:
la que finge un encaje sobre la áurea pestaña;
la que en el viejo código del armorial de España
tiene un lunel dorado sobre un campo de gules.

A tu dueña caduca no es gallardo que emules
laborando en la rueca que es tu sola compañá;

pues parece la tuya la labor de la araña
cuando teje suicida su sudario de tules.

Yo bien sé que tu Conde te dejó cierto día
de indeleble recuerdo, de dolosa falsía,
en que huyó entre una turba de piafantes corceles.

Pero sé que hay un bardo que te brinda promesas;
y no es mucho que cambien las gentiles condesas
por poetas amantes a sus Condes infieles.



CANTO PATRIÓTICO

¡Noble bandera, pabellón que adoro
primer amor de los amores míos;
que teniendo de púrpura dos ríos
tienes un surco donde corre el oro!

Al sentir mancillado tu decoro;
cuando se exaltan los hispanos bríos,
halla, quien tiene para tí desvíos,
en su propia tibieza su desdoro.

¡Enseña de la patria bendecida!
dén todos, por tu honor, hacienda y vida,
y corten la vil mano que te hiere!

¡Pues muerto o vencedor, la suerte es grata
de todo aquel que por honrarte mata;
de todo aquel que por honrarte muere!

Ramón A. Urbano



La Canción del Juglar

—Castellana,
flor galana,
si lloras penas de amor,
yo te sabré consolar;
y hallarás a tu dolor
de la esperanza, la flor
en mi trova de juglar.
Cese, pues, tu triste llanto,
cese el amargo quebranto
que nubla tu faz serena;
que antes de que nazca el día
habrá vuelto la alegría
a tu rostro de azucena.

La luna deja su plata
sobre la plata del río
que con ronco vocerío
lentamente se desata;
y en tanto su serenata
vá diciendo el trovador,
en el alto mirador
del castillo, la princesa
castellana, que está presa
entre las redes de amor,
oye al juglar que la ofrece
calmar su pena y su duelo,
y en su espíritu florece
la esperanza, y resplandece
en sus ojos de azul cielo.

Y así dice en su cantar
el juglar:
—Castellana,
flor galana,
no bañe más el rocío
de tu rostro la temprana
rosa, que por la mañana
llegará a tu señorío,
ginete en yegua alazana,
el dueño de tu albedrío.

De la guerra vencedor,
de la Muerte triunfador,
llegará sólo por verte;
que si a la muerte dió muerte
fué porque en lance tan fuerte
dióle su pujanza Amor.

Antes de entrar en la empresa,
tu nombre, dulce princesa,
invocó tu caballero;
y con tu amor por escudo
nadie superarle pudo
y fué en la lid el primero.

Tal denuedo y bizarría,
tal gallarda valentía
en la contienda mostró,
que el mismo rey, orgulloso,
la frente del valeroso
castellano coronó.

Y hoy, triunfador y arrogante,
cabalga tu noble amante
de los campos al través,

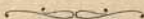
ufano de su victoria,
por dejar toda su gloria
depositada a tus piés.

Calla el juglar. Y la altiva
castellana se conmueve,
y por su rostro de nieve
una lágrima furtiva
rueda silenciosa y leve.

Y allá lejos,
a los pálidos reflejos
de la aurora,
por la blanca carretera
se vé caminar ligera
a una yegua voladora.

Y en la yegua, noble y fiero,
dando al aire el blanco airón
que flamea en su sombrero,
avanza, ufano y ligero,
hácia el castillo roquero
el victorioso guerrero,
que es a la vez prisionero
de su propio corazón.

J. Fernández del Villar



El madrigal del vencido

Fuí con Don Sancho a Uclés, y he visto rota
la flor de las leyendas castellanas,
y han chafado las armas mahometanas
la urdimbre milanese de mi cota.

Ni en Uclés fué tan dura mi derrota
como lo ha sido al pié de tus ventanas,
ni me arredran las lanzas africanas
como el desdén que en tus pupilas flota.

Y he de ofrecerte, de tu triunfo en prenda,
por si llego al rescate con mi ofrenda
y así en tributo acabará mi duelo,

sacarme el corazón del coselete,
prensarlo hasta señirme el guantelete,
y engarzarlo a un joyel de tu mantelo.



Soy Español

Luzco, del mundo en la gentil pavana,
junto al recio tahalí de mi tizona,
una cruz escarlata, que os abona
mi abolengo de estirpe castellana.

Llevo en los hombros ferreruelo grana,
guío el mostacho a usanza borgoñona,
y mi blanca gorguera, se almidona
bajo mi crespa cabellera cana.

Tengo cien picas combatiendo en Flandes,
mil siervos en las faldas de los Andes,
calderas y pendón, horca y cuchillo,

un condado en la tierra montañesa,
un fraile confesor de la condesa,
diez corceles, cien pajes y un castillo.



Bizantina

Sé que tienes un alma bizantina,
y que te sabe a mieles del Himeto
ver tu nombre grabado en un soneto,
tejido de hojarasca gongorina.

Yo te satisfaré; mi sonatina,
te ha de poner, mi bien, en el aprieto
de una gentil tapada de Moreto,
cortejada con versos de Cetina.

Invitados por mí los ruiñeños
a cantar el amor de mis amores,
volarán hasta el huerto de mi amada,

y han de ver en la noche las estrellas,
al conjuro de amor de mis querellas
floreceda de arpegios la enramada.

Enrique López Alarcón



La Procesión del Corpus

Todo con regocijo la fiesta anuncia;
las calles han cubierto de verde juncia
que el suelo alfombra;
bajo el toldo uniforme que ondula leve,
la multitud se apiña sobre una breve
mancha de sombra.

En balcones que adornan las colgaduras,
lucen su gentileza lindas criaturas
que causan pasmo;
la turba de galanes que cerca pasa,
las mira, las requiebra y arde en la brasa
del entusiasmo.

Larga fila formando junto a la acera,
el batallón que cubre la ancha carrera
viste de gala;
la mañana se siente por lo ardorosa,
pero a alegre y a rica y a esplendorosa
ninguna iguala.

Triunfando el regocijo y el alborozo,
la animación se extiende y estalla en gozo
la gente moza;
y hasta el viejo evocando sus mocedades,
las delicias recuerda de otras edades
que ya no goza.

El voltear vibrante de la campana,
con su canción que el viento lleva lejana
la fiesta aviva;
el rumor, antes débil, de pronto crece,
y es que el júbilo aumenta cuando aparece
la comitiva.

¡Ved la gentil Custodia que lenta avanza!
¡Va el Santísimo en ella, por eso lanza
bellos fulgores!
El sol que bajo el toldo, furtivo asoma,
al besarla parece que de ella toma
sus resplandores.

Le han colgado en racimos la uva temprana,
en manojos la espiga robusta y sana
que el trigo encierra;
De los fértiles campos ofrenda pia,
¡la bendición del cielo que Dios envía
sobre la tierra!

La inquieta muchedumbre de espectadores,
flota en un mar de luces y de colores
que la cautiva;
Y allá va caminando con paso breve
bajo el toldo uniforme que ondula leve,
la comitiva.

.
.
De nuevo a sus hogares torna la gente;
del esplendor pasado queda en la mente
como un ensueño;
Y en tanto el sol de Junio cae que achicharra
la canción enervante de una cigarra
me brinda sueño.

Vicente Luque Gutiérrez



GLORIA

(DE LA COMEDIA DE ESTE TÍTULO)

Buscando la Gloria
afanoso andaba;
la Gloria quería; soñado deleite
y anhelo del alma.

Trabajos, martirios,
la infame asechanza,
de torpes envidias las viles calumnias.
¡Todo lo gustaba!
Y yendo en su busca
con esa esperanza
que anima al creyente, que aliento le presta
que arrestos le manda,
pasaba mi vida,
la vida... ¡qué amarga!.,
luchando sin tregua, dejando en la lucha
¡girones del alma!

Te hallé cierto día,
mujer adorada,
y al verte tan bella y al verte radiante
cual diosa fantástica,
pensé que mi mente
vagando soñaba
y que en su delirio, mi genio de artista
¡te hacía de la nada!
Gocé cual asceta
que a orar se postrara
mirando a los cielos en noche sin nubes,
serena y en calma,
y viera de pronto
que allá en lontananza,
muy lejos, muy lejos, los cielos se abrían
y que se asomaba
la Virgen augusta
la Virgen sin mancha,
diciendo muy quedo, con voz amorosa:
«Ya oí tu plegaria;
tu afán en buscarme

merece mi gracia,
presente me tienes, ven, tu madre soy,
¡levántate y anda!»

Mudaste mi vida,
visión sobrehumana,
te debo la dicha, ¡qué dicha tan grande!
te debo la calma.
Mi amor en tí puse,
tú sola en mi alma;
¿tú sola?, me entiendes? Ni quiero la Gloria,
ni quiero la fama.
Trabajos, martirios,
la infame asechanza,
de torpes envidias las viles calumnias;
¡ya nada me espanta!

J. Martín Velandia



LAS AVES DEL DOLOR

Ayer, cuando los ecos de una campana
entonando las pompas de la mañana,
formaban en los aires lenta canción,
trinando dulcemente vagas congojas,
un pájaro de plumas blancas y rojas
llamaba a los cristales de mi balcón.

¡Trovador misterioso de la alborada!
¡Quién imitar pudiera la prolongada

canción que la esperanza dijo por tí...
Pájaro que a los tristes cantar se atreve,
¡con las alitas blancas como la nieve!
¡la cabecita roja como el rubí!

¿Desde donde llegaste, cantor divino?
¿Presagio de amor eras, o peregrino
enamorado andante del ideal?...
¿Qué buscas que nó encuentras, o quién te envía?
rica visión alada de la armonía,
del imperio del aire paje real?

¿Qué leyenda en tus alas llevas escrita
de imborrables traiciones o paz bendita,
que el alma y los sentidos enajenó?
¿Era historia de amores la que contabas,
o aquellos dulces ecos rememorabas
del cantar de la madre que me arrulló?

¡Era historia de amores!... Era la historia
dolorosa y alegre, que en la memoria
de todo sér humano perenne está:
anhelos sin fortuna, fé santa, y dólo,
caricias, y traiciones... ¡Lo que tan sólo
cuando se acabe el mundo se acabará!

¿Vienes, cantor y heraldo, como un gemido
de lacerado pecho?... ¿Como un latido
de corazón que busca mi corazón?...
¿O es tu canción de alegres repercusiones
en las que laten juntos dos corazones
en la monotonía de otra canción?

Si fraternal caricia tus alas mueve,
y la que anhelo, roza, plácida y leve,

mi dolorida frente, llega hasta mí...
¡Cantor soy como el ave!... Soy peregrino
trovador que en las almas dejó su trino,
y aliento, fé, ilusiones, ¡todo lo di!

.
.

No eres tú de esos pájaros, tristes cantores,
cuyas endechas dicen viejos dolores;
¡los fieles compañeros de mi dolor!
Aves que al nido vuelven... ¡Aves divinas
que aliviaron, piadosas, de las espinas,
la punzante corona del Redentor!

Allí donde una pena sus alas bate,
donde el dolor su inmenso raudal desate,
allí las golondrinas acudirán...
Y amantes, y nostálgicos de horas serenas,
y olvidados y ausentes, para sus penas
trinos consoladores encontrarán!

Pájaro de colores, que una fingida
irisación te adorna; no es de mi vida
penacho tu plumaje rico de luz...

.
¡Vuelve la primavera!... Ya cesó el frío...
¡Mis fieles golondrinas, en torno mío,
van a labrar sus nidos sobre mi cruz!

J. Sánchez Rodríguez



